

Bicentenarios

-Voy para allá- dijo mientras se vestía atropelladamente con la ropa del día anterior. No había tiempo para un brochazo de colorete, menos aún para la raya del ojo.

“Desfase cósmico” dijo en voz baja, apretando con fuerza el volante. A través del parabrisas, Giulia miró el cielo estrellado: todo en calma, en silencio, apenas salpicado por los seis largos tañidos de campanario de la Iglesia de Villanueva.

Llevaba casi dos años como responsable de operaciones en el Observatorio Sierra Alta. Su director, Jorge Solana, ocultaba su inseguridad con un carácter bromista que muchas veces rozaba la impertinencia. “Espero que hoy no me suelte una de sus chorradas”, masculló Giulia mientras aparcaba el coche.

– Buenos días, Giulia, a pesar de todo se te ve muy joven - dijo forzando una sonrisa.

“Sabía que lo iba a hacer” pensó Giulia, pero decidió ignorarlo, y le dijo:

– ¿Empezamos?

Nada más llegar a la mesa de reuniones, Jorge expuso de manera solemne que el suceso debía mantenerse en total secreto. “Ordenes de arriba”, dijo haciendo una mueca estúpida. Una buena parte de los observatorios en los que era de noche a las 3:02h (tiempo

universal), habían notificado el suceso, pero la consigna era clara: hasta no entender qué estaba ocurriendo, ni un sólo comentario fuera del ámbito científico.

– Entiendo perfectamente que no debemos comunicar algo que escapa de nuestra comprensión – comentó Giulia - pero ¿nadie fuera del ámbito profesional lo va a detectar?

– Lo dudo, habría que ser muy observador y perspicaz para darse cuenta - respondió Jorge.

Giulia colaboraba habitualmente con astrónomos aficionados a quienes admiraba por su entusiasta dedicación, midiendo noche tras noche, los objetos celestes que les pedía para reunir datos que necesitaba en sus trabajos, y tenía serias dudas de que alguno no hubiese visto algo extraño.

– Justo estoy pensando en eso – dijo Giulia –.

Mientras mojaba en el café un cruasán del día anterior, Marcos repasó como de costumbre las fotos que había tomado durante la noche con su telescopio instalado en la terraza de su casa. En esta ocasión perseguía una estrella variable, intentando captar sus sutiles cambios de brillo.

Dejaba el telescopio trabajando toda la noche y no era raro que, de la secuencia de las fotos capturadas, alguna no resultase válida, quizás por un rayo cósmico o la traza de un

molesto satélite artificial. Fue entonces cuando reparó en una foto extraña en la que las estrellas no eran puntuales, sino cortas trazas.

“¡Vaya!” – pensó – “algo ha pasado con el seguimiento del telescopio”. Pero rápidamente se percató de que eso no podía ser: cada estrella era una traza, pero con diferente longitud y dirección. Era como si todas las estrellas hubiesen impactado de repente con un obstáculo y cada una hubiese salido en una dirección aleatoria, y la foto hubiese registrado su desplazamiento.

La foto había capturado, en exposición continua, una zona del cielo entre las 3:00 y las 3:05. De las 30 o 40 estrellas que poblaban el campo estelar, algunas no parecían haberse inmutado, otras habían creado una traza algo más larga, pero cada traza era diferente en tamaño y dirección. “No puede ser” – pensó – “Las estrellas no pueden moverse de sitio de repente, se desplazan muy lentamente, con pequeños cambios en el transcurso de los años”.

Una idea absurda le estaba viniendo a la cabeza. Arrancó en su portátil un programa planetario que le permitía proyectar el movimiento propio de las estrellas en el tiempo. Tras manipular el cursor de tiempo del programa, comprobó que el desplazamiento coincidía con la dirección de las trazas de la foto. “No, no, ¡esto es imposible!”, dijo en voz baja mesándose los cabellos.

“¿Qué tiempo debe haber transcurrido para que las trazas tengan la longitud de la imagen?” se preguntó. Avanzó el cursor del tiempo, años y más años, hasta encontrar una fecha en el futuro que correspondía con el extremo de la traza de las estrellas.

Excitado y preocupado en igual medida, buscó por toda la casa el iPhone hasta encontrarlo cargando en el enchufe del dormitorio de su bebé.

La pantalla de Giulia se iluminó con una notificación. Leyó el mensaje y, por un momento, un sentimiento de admiración sustituyó la angustia que la embargaba y sonrió.

“Tienes que explicarme esto: esta noche entre las 3 y las 3:05 han transcurrido de repente más de 200 años”.

– Ya es de dominio público, Jorge – comentó Giulia mostrando el mensaje de Marcos–. No solo los profesionales nos hemos percatado de que esta noche, a las 3:02 tiempo universal, el reloj cósmico ha avanzado 206 años. Tenemos la responsabilidad de encontrar una explicación física a este extraordinario suceso; por el momento solo podemos decir que, de algún modo que aún no entendemos, ahora somos todos bicentenarios.

Firmado:

JEC-1960